ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

> No permitas al Sol ardiente que seque una sola lágrima de dolor, antes de que tú mismo la hayas enjugado en el ojo del que sufre.
>
> *La Voz del Silencio.*

SOPHIA, órgano de los teosofistas españoles consecuentes con sus principios de amor para con todos los hombres, cualesquiera que sean sus opiniones y nacionalidades—ante la inmensa catástrofe que aflige á Italia y conmueve á la humanidad—hace un llamamiento á todos los teosofistas y no teosofistas, esparcidos por el mundo entero, y les suplica que unan sus esfuerzos para socorrer y aliviar, según sus medios lo permitan, á los séres desvalidos tan castigados por el espantoso cataclismo de Sicilia.

Con este objeto recibiremos con fraternal gratitud los más modestos donativos con que contribuyan los que, impulsados por su amor á sus semejantes, quieran contribuir á esta obra humanitaria.

La necesidad de acudir rápidamente en auxilio de los que sufren nos obliga á remitir las cantidades á medida que se

vayan recaudando. Mandaremos estas sumas directamente al Secretario General de la Sección Italiana de la Sociedad Teosófica para que las entreguen al Gobierno de Italia, ó la Comisión que éste haya nombrado para la distribución de socorros entre los supervivientes del cataclismo.

Servirá de justificante por la recepción de donativos la inserción de los nombres y de los donantes, y cantidades correspondientes, en la Revista SOPHIA, cuyas sumas serán entregadas en la Redacción de la misma.

No dudamos un solo momento de que nuestro filantrópico deseo se verá secundado por todos los hombres de buenos sentimientos, sean ó no teosofistas.

Madrid 1.° de Enero de 1909.

La Redacción.

AÑO XVII

Los progresos de nuestros trabajos son visibles. Cuando hace diez y seis años comenzó esta publicación, pareció á las personas superficiales, que deshonran el espíritu con la desesperanza, que no llegaría, no á la edad madura, sino ni siquiera á la juventud.

Los tres lustros transcurridos atestiguan lo contrario á tan vanos temores, y las mejoras que hemos podido introducir en la presentación de nuestra Revista, la colaboración que se ha asegurado y el favor que se le dispensa son motivos para nuevos alientos y más firmes esperanzas.

La religiosidad que se manifiesta en estas páginas, más amplia que la corriente, ha logrado fortuna entre nosotros, y por ella se siente más tolerancia que la proverbial de nuestro pueblo, aunque para alguien se desconozca.

Para responder á todas las exigencias nos hemos trazado una norma de trabajo y de conducta invariable, fundada tanto en la consideración del público como en el estudio de nuestro karma colectivo. Las enseñanzas de Mad. Blavatsky tienen que formar una parte preferente en estas páginas, porque ella directamente pensó en el destino de España, y porque ha sido la gran Maestra en la exposición de la enseñanza teosófica. Su doctrina, fecundísima en resultados, es la fuente inevitable á que es preciso volver para remozar el espíritu. Agua de salud y de salvación, tiene en sí misma la solución de los grandes problemas contemporáneos, así de los hombres como sociedad, como de los hombres congregados bajo ésta ó la otra forma.

Las doctrinas de sus continuadores más inmediatas nos merecen toda la consideración que se tributa á los discípulos fieles, y tendrán aquí su cabida y su lugar. También tienen que tenerlo nuestros propios problemas, así los que sentimos en el presente, como aquellos que han sido solventados ó propuestos por nuestros advertidos de otro tiempo. Esta labor de investigación y de crítica es quizá la más penosa que tenemos, pero es una de las más provechosas, porque al remover el suelo espiritual de nuestro pueblo se ve que la tierra es buena, que ha sido un buen lecho de cultivo, y que puede serlo aún por las virtudes que tiene, en cuanto se meteorice de nuevo á luz de la Verdad.

Hecho este alto y descanso en la tarea, volvamos nuevamente á la labor y animémosnos para proseguirla contra toda desilusión y toda desesperanza. Es menester que pongamos en el tiempo cuanto soñamos y anhelamos con el espíritu.

LA REDACCIÓN

Reemplazad siempre las palabras vida y muerte por la de metamorfosis.

J. W. Goethe.

Desconfiad del hombre que encuentra todo bien, del que encuentra todo mal, pero más aún del que es indiferente á todo.

Lavater.

ISIS Y OSIRIS

I.—Los hombres sabios ¡oh Clea! deben pedir en sus oraciones todos sus bienes á los dioses; pero el don más excelente que debemos esperar conseguir de ellos es el conocimiento de ellos mismos, tanto como es posible alcanzarlo. No hay por eso don más apetecible para los hombres, ni más magnífico y digno que puedan conceder los dioses que el conocimiento de la verdad. Ahora bien; los dioses conceden á los hombres todos los bienes que necesitan, pero la verdad retiénenla para sí y para su uso, pues no son dichosos por poseer gran cantidad de oro ó de plata, ni por tener el rayo en las manos, sino por la posesión de la sabiduría y de la prudencia. Es una cosa que ha observado perfectamente Homero:

«Tenían uno y otro
El mismo origen y común linaje;
Pero Júpiter era más anciano
Y de mayor saber.....» (1)

Afirma, pues, que la preeminencia y majestad de Jove está en ser más venerable y digno en razón de su prudencia y sabiduría. Por mi parte, creo que la felicidad de la vida eterna, de que goza el mismo dios, es que no ignora nada, es que nada de cuanto ocurre le pasa inadvertido, pues su inmortalidad, desprovista de conocimiento y de inteligencia, no sería una vida, sino un tiempo solamente.

II.—Podemos decir, pues, que el deseo de conseguir, de oir la verdad, es un deseo de la divinidad, y el inquirir la verdadera naturaleza de los dioses algo así como una profesión y entrada en religión, una obra más santa que el voto de castidad, la custodia de un templo ó la enclaustración en alguno.

---

(1) Homero, *Iliada,* XIII, v. 345-55.—Traduc. de Gómez Hermosilla, v. 625-28. Se habla de Júpiter y Neptuno (R. U.)

Esto es, además, muy agradable á la diosa á quien sirves, atendiendo á su prudencia y sabiduría, como lo indica también el propio significado del nombre con que se da á conocer, diciendo que el saber y la ciencia la pertenecen como á nadie. Tal es el significado griego de Isis (1). Por otra parte, Tifon, el enemigo y adversario de la diosa, henchido de ignorancia y orgullo, trata de ocultar y borrar la santa palabra á que se asemeja aquélla y que la diosa revela á los que aspiran á divinizarse por una continua observancia de sobriedad y santidad, absteniéndose de algunas carnes, de todos los placeres sensuales, reprimiendo la lujuria y la intemperancia y habituándose á soportar en los templos los más rudos y penosos servicios que se hacen á los dioses; abstinencias, penas y sufrimientos cuyo término es el conocimiento del primero y más principal objeto del entendimiento, que la diosa nos invita á buscar demorando con ella. Eso mismo es lo que nos promete el nombre de su templo, llamado *Ision,* esto es, la inteligencia y conocimiento de lo que es (el sér). Es como si nos dijera que si entramos en su templo comprenderemos lo que ella es.

III.—Algunos han escrito que Isis es hija de Hermes (2), y otros de Prometeo, á los que se reputan respectivamente por autor é inventor de la Sabiduría al primero y por autor de la Gramática y de la Música al otro (3). Por esto en Hermópolis la llaman la primera de las musas, Isis y Justicia, todo junto, como siendo la Sabiduría, según se ha dicho, y muestran las cosas santas á los vestidos—según los ritos—, llamados hieráforos é hierósteles (4), que son los que llevan en su ánimo, como en un arca, la santa palabra de los dioses, pura y limpia, sin cu-

---

(1) Plutarco hace aquí un juego de palabras del que se desprende que las palabras *Isis, Iseión* (ἴσις, ἴσειον) equivalen á *Sér* (Το όντος). Alguien ha pretendido que la palabra *Isis* (ἴσις) viene de la antigua griega ισημι, *saber*. Creo que había más razón para derivarlas de cualquiera de estas dos radicales ις, ινος *(fuerza)*, ó ισος *(igual, equilibrado)*. (R. U.)

(2) En las versiones europeas del siglo XVI y XVIII se traducen los nombres del panteón griego al latino, así se lee en ellas Mercurio y no Hermes como aquí. Como no hay tal paridad entre uno y otro panteón, nosotros ponemos siempre los nombres helénicos. (R. U.)

(3) A Prometeo se le considera también como el inventor de las Artes, y principalmente como el introductor del fuego en la sociedad de los hombres. (R. U.)

(4) Reveladores é iniciadores. (R. U.)

riosidad ni superstición alguna, y declaran la opinión de los dioses, ya obscuramente ó con toda claridad, como significan sus hábitos. Y cuando mueren los sacerdotes isiacos, es una señal de que la santa palabra va con ellos el que no lleven consigo otra cosa. Sí, amiga Clea; una barba larga y una capa burda no hacen al filósofo. El traje de lino y la tonsura no hacen al sacerdote isiaco; el verdadero isiaco es el que después de ajustarse á las cosas y ceremonias de la religión trata de inquirir por medio de la santa palabra la verdad.

IV.—Ignora el vulgo también el por qué de algunas costumbres de estos sacerdotes, como la de tonsurarse y la de vestir ropas de lino. Los que no se preocupan de nada no quieren saberlo; pero algunos dicen que los isiacos no se visten de lana, así como no comen carne de cordero, por la reverencia en que tienen á este animal, y que se tonsuran en señal de duelo; en fin, que visten de lino por el color que toma esa flor cuando florece, que se asemeja al celeste azul que nos circunda. La verdad es que no se sabe á punto fijo el por qué de estas cosas, sino que no le es lícito al hombre puro tocar cosas inmundas, según dice Platón, y que toda nutrición supérflua y excremento es inmundo, y de tales cosas se engendran y nutren la lana, el pelo, el cabello y las uñas. Sería ridículo, además, que los isiacos en las ceremonias sagradas, rasurándose y limpiándose de toda superficialidad, se ofreciesen llevando las exterioridades de las bestias. Hesiodo ha dicho oportunamente:

«En la mesa de los dioses
No utilices el cuchillo
Para separar del fruto
Lo seco de lo marchito» (1).

Con lo que quiere decir que en las fiestas y festines vale más ir limpio que no tenerse que purificar después de toda superficialidad. El lino, por otra parte, nace de la tierra, que es inmortal, produce un fruto bueno para comer y nos suministra, además, un vestido sencillísimo, limpio, que no pesa, que puede utilizarse en todo tiempo y que no cría miseria según se dice, aunque sobre esto se discuta.

---

(1) HESIODO.—*Los trabajos y los dioses,* vers. 741.

V.—Aborrecen de tal modo los sacerdotes las secreciones y excrementos de la naturaleza, que por ello no sólo rehusan la mayor parte de las legumbres y las carnes de oveja, cordero y de cerdo, que engendran muchas secreciones, sino que proscriben el uso de la sal en las comidas, aparte de otras razones, porque excita el apetito y la bebida en demasía. Es una tontería decir, pues, como dijo Aristágoras, que la sal la reputaban inmunda porque al congelarse se encuentran muchos animálculos presos y muertos en ella. Dícese también que tienen cuidado en que el buey Apis beba el agua de un pozo y no del Nilo; pero eso no es porque le reputen inmundo por sus cocodrilos, como se cree; al contrario, nada es tan honrado por los egipcios como ese río, sino porque su agua hace engordar demasiado y da demasiada carne; y, naturalmente, no queriendo que el Apis sea demasiado grueso, no le dejan beber, como no beben ellos, para tener el alma hábil y dispuesta y no sujeta y oprimida por la fuerza y el peso de la parte mortal.

VI.—En Heliópolis, la ciudad del sol, los servidores del templo no llevan vino jamás, por no convenir que beban cuando llega su señor y su Rey; los sacerdotes beben algo, pero muy poco, y observan muchas prácticas y santificaciones hasta abstenerse totalmente de él, no haciendo en esos días más que aprender, estudiar y enseñar las cosas santas. Los mismos reyes no beben sino en cierta medida, estando prescripto así en los escritos de Hecateo. Bebió, sin embargo, Psammético el primero, no bebiendo antes que él, pues no se libaba en honor de los dioses estimando que no les agradaría, por pensar que el vino fuera la sangre de los que lucharon antes con los dioses, que, mezclada con la tierra después que fueron vencidos, produjo la vid. Por eso dícese que los que se embriagan pierden el entendimiento y la razón, como si estuviesen llenos de la sangre de sus antecesores. Euxodio dice en el libro segundo de su Geografía que así lo dicen los sacerdotes de Egipto (1).

VII.—En cuanto á los pescados, todos no se abstienen de todos, sino de algunos, como los de Oxirinco (2) de los que se co-

(1) Célebre filósofo pitagórico, natural de Gnido, astrónomo, geómetra, médico y legislador. Fué discípulo de Arquitas y de Platón. Diógenes Laercio, en las *Vidas de los filósofos*, recoge la leyenda de que estando en Heliópolis le lamió el buey Apis. Lib. VIII. Eudoxio. (R. U.)

(2) Era la capital de un *nomo* ó provincia del antiguo Egipto. (R. U.)

gen con anzuelo. Éstos adoran al pez que se llama *Oxirinco* (1), esto es, de cabeza apuntada, y dudan si el anzuelo no será inmundo cuando el pez lo ha tragado casualmente. Los sienitas, de Siena (2), no comen tampoco el cámbaro, porque se encuentra en el Nilo cuando empieza á subir y significa el crecimiento del río, del que están tan deseosos, y le toman como una señal de semejante fenómeno. Los sacerdotes se abstienen de todos. Desde el noveno día del primer mes todos los habitantes de Egipto, ante la puerta de su casa, comen algún pescado asado; los sacerdotes no tocan ninguno, pero los queman ante su morada, fundándose en dos razones: una santa y sutil, que está de acuerdo con lo que se dice de Osiris y Tifon, y otra vulgar y grosera que asegura no es un alimento necesario, ni raro, ni exquisito, como dice Homero al no hacer á los feacios, delicados en el comer, ni á los de Haca, comedores de pescado, como no lo fueron los mismos compañeros de Ulises durante el tiempo de su larga navegación, á pesar de hallarse reducidos á la mayor necesidad. Creen, en fin, que el mar ha sido producido por el fuego, saliendo de los límites naturales, que no es un elemento del mundo ni una parte de la Naturaleza, sino más bien algo supérfluo, extraño, corrompido y morboso.

VIII.—Por lo demás, en los sacrificios nada está desprovisto de razón ni hay nada fabuloso y supersticioso, como creen algunos; todo obedece, en cambio, á causas morales y útiles á la vida, recuerdan alguna historia memorable ó alguna deducción natural, como en el caso de la cebolla. Así, decir lo que comúnmente se dice, que la nodriza de Isis, llamada Dictys, cayó al Nilo y se ahogó en él por estar enamorada de las cebollas, es una tontería. Los sacerdotes odian y abominan las cebollas porque han notado que jamás crecen y se desarrollan bien, que no florecen sino bajo la luna, que no es conveniente ni al que quiere ayunar, ni al que quiere llevar una vida santa, ni en fin, á los que han de acudir á las fiestas, porque produce sed en los unos y hace llorar á los que las comen. Igualmente reputaban inmunda á la cerda, tanto por hacerse cubrir del macho al decrecer la luna como por producir lepra y escamas en los que beben su leche. Dicen también, así, de los que una vez sacrifican una cerda y se la comen,

(1) El *lucio,* pez del orden de los acantopterigios (R. U.)

(2) Hoy Asua, en el Alto Egipto. (R. U.)

que Tifon persiguió una en plenilunio y encontró un tronco en el bosque, dentro del cual estaba el cuerpo de Osiris, que aquélla había derribado. Pocas gentes lo aprueban, y estiman que esta fábula ha sido puesta en circulación por gentes mal informadas que no la han comprendido, como muchísimos otros. Tuvieron los antiguos, en verdad, tanto odio á la molicie y á los placeres, que dícese en el templo de Thebas había una columna en la que estaban grabadas las maldiciones y execraciones á Menes, primer Rey del país que apartó á los egipcios de una vida sobria y sencilla en la que no necesitaron ni dinero ni riquezas. Dícese también que Tecnatys, el padre de Bócoris, en una guerra que tuvo con los árabes, como su impedimenta quedara muy atrás y no pudiera llegar á tiempo, comió lo que pudo comer y luego se durmió; pero durmió tan profundamente, que desde entonces amó la sobriedad y maldijo á Menes, lo que fué loado por los sacerdotes del tiempo y le hizo á él fijar en la columna sus maldiciones.

IX.—Los reyes escogíanse entre los sacerdotes ó los guerreros honrados y reverenciados por su sabiduría ó su valor. El escogido entre los guerreros, en seguida de su elección recibía el sacerdocio, se le hacía partícipe de su filosofía, llena de misterios bajo el velo de fábulas y de palabras obscuras tras las cuales se indicaba la verdad, como dan á entender ellos mismos con los que ponen delante de las puertas de los templos de sus esfinges, dando á entender que toda su doctrina contiene, bajo el velo de palabras enigmáticas, los secretos de la sabiduría.

En Sais, la imagen de Athenea, que ellos estiman como Isis, tiene una inscripción de ese género: «Soy todo lo que ha sido, lo que es, lo que será, y ningún mortal ha descorrido mi velo todavía.» Muchos creen que el propio nombre de Zeos sea el egipcio Amon, que en griego decimos *Ammona*. Pero Manethon Sebennita dice que significa oculto ú ocultación, y Hecateos, de Abdera, dice que los egipcios emplean esa palabra cuando quieren llamarse uno á otro, siendo una dicción vocativa. De modo que estiman que el príncipe de los dioses es una misma cosa que el Universo, que es obscuro, oculto, desconocido, rogándole con el nombre de Amon para que se manifieste y dé á conocer. He ahí cómo los egipcios procuran no profanar su sabiduría de las cosas divinas.

X.—Testifican eso mismo los varones más sabios de Grecia,

como Solon, Thales, Platón, Eudoxio, Pitágoras y el mismo Licurgo, según quieren algunos, que fueron deliberadamente á Egipto para comunicarse con los sacerdotes. Así, Eudoxio oyó á Konufeos, de Menfis; Solon á Songitos, de Sais, y Pitágoras á Oinefeas, de Heliópolis. Pitágoras fué estimadísimo de los sacerdotes, y él por su parte les estimó tanto, que les imitó así en su manera mística de hablar como en ocultar su doctrina y sus sentencias bajo símbolos y enigmas, siendo lo que se llaman jeroglíficos en Egipto muy parecidos á los preceptos de Pitágoras: «No comáis sobre el carro. No os sentéis sobre el cáiz. No plantéis palma. No aticéis el fuego con la espada» (1).

Me parece también cuando los pitagóricos llaman Apolo á la unidad, Artemisa al binario, Athenea al septenario y á Poseidon el primer número cúbico, aseméjanse mucho á lo que aquéllos consagran y hacen en sus sacrificios, que dibujan á su Rey y señor Osiris por medio de un ojo y de un cetro, de donde se interpreta el nombre de Osiris como el poseedor de muchos ojos, porque *Os* significa multitud entre los egipcios, é *iris,* ojo. Al cielo, como no envejece, por su eternidad, se le representa por un corazón que tiene debajo fuego, al que está sujeto. En Tebas hiciéronse unas imágenes de jueces que no tenían manos, y la del presidente tenía una venda en los ojos para indicar que la justicia no ha de ser ni concusionaria ni favorable. Los guerreros llevaban en sus anillos dibujado un escarabajo, porque entre los escarabajos no hay hembras, todos son machos, y echan su progenie en las pelotas de estiércol, que preparan y construyen no tanto para previsión y alimento como para sitio donde engendrar.

XI.—Cuando oigas hablar á los egipcios de ciertos errores, fábulas y desmembramientos, recordarás lo que hemos dicho y comprenderás que no quieren decir nada sobre ello. No dicen que Hermes sea propiamente un perro, sino de la naturaleza de ese animal, guardador, vigilante, sabio, que distingue al amigo del enemigo, según el dicho de Platón. No piensan tampoco que el sol salga del loto como un niño recién nacido; pero dibujan así el orto del sol para indicar bajo esa figura que sale en cierto

---

(1) Aquí la palabra jeroglíficos se emplea como símbolo, no como hiegramas. Los símbolos de Pitágoras pueden verse expuestos y aclarados en mi versión de A. Dacier: *Pitágoras, su vida, sus símbolos,* etc.—Barcelona, 1906. Biblioteca Orientalista. (R. U.)

modo de las aguas. Análogamente llamaron el Oxos, *La Espada,* al más cruel y terrible Rey de los persas, que hizo matar á muchísimos grandes personajes, que mató al buey Apis y se lo comió finalmente con sus amigos; y ese nombre lleva en la lista de sus reyes, no queriendo significar su substancia, sino su dureza natural, que comparan con aquella arma.

Escuchando, pues, á los que te expongan santa y racionalmente las fábulas, y observando vuestros deberes en el servicio de los dioses, creo que no podéis hacer nada más agradable á ellos que estudiarlos, evitando así la superstición, cosa no menos mala que la impiedad.

XII.—La misma fábula de Isis y Osiris, despojada de cosas supérfluas que no sirven para nada, puede referirse así:

Rea estaba secretamente unida con Kronos, y advirtiéndolo Helios la maldijo, impetrando en sus maldiciones que no pariese en ningún mes del año; pero Hermes, enamorado de la diosa, yació con ella, y jugando después á los dados con Selene le ganó á ésta la septuagésima parte de sus iluminaciones, que forma un conjunto de cinco días, que añadió á los trescientos sesenta del año, que los egipcios llaman *Epagómenos* y solemnizan como los días de la natividad de los dioses, porque en el primero nació Osiris, en cuya natividad se oyó una voz que dijo que el señor del mundo acababa de nacer. Dicen algunos que una mujer llamada Pamyla, en el templo de Zeos, en Thebas, oyó aquella voz, que le hizo gritar: «¡Ha nacido el más grande y benéfico de los reyes!», por lo cual Kronos puso el niño en manos de ella para que lo criase. En honor de la misma se celebra aún la fiesta de las pamyleas, semejante á faleróforas (1) de Grecia. El segundo día dió á luz á Arueris, que es Apolo, á quien algunos llaman Horo el Mayor. El tercer día dió á luz á Tifon, que no nació á su tiempo ni naturalmente, sino rompiendo él de pronto el costado de su madre. El cuarto á Isis en los pantanos (2) y el quinto á Neftys, que unos llaman Telente y Afrodita y otros Nices (3).

---

(1) *Id est sacrificiis in quibus penis imago usurpatur*, añade la versión latina de la colección Didot.—(R. U.)

(2) El texto dice πανυγροιϛ, palabra que no se encuentra en ningún sitio y que se ha traducido siempre por un nombre propio diciendo así: «El cuarto día engendró á Asis en Panigris». Squire ha sustituído la palabra por otra: παρυγροις *pantano* que nos parece un gran acierto.—(R. U.)

(3) Victoria.

Añádese también que Osiris y Arueris fueron engendrados por Helios, Isis por Hermes, y Tifon y Neftys por Kronos; por eso los reyes reputan el tercer día epagómeno como nefasto, y no despachan asuntos ni beben ni comen hasta la noche. Dícese, en fin, que Tifon se casó con Neftys, que Isis y Osiris se amaban ya en el seno de su madre, habiendo nacido de sus amores Arueris, á quien los egipcios llaman Horus el Mayor y Apolo los griegos.

XIII.—Reinando Osiris entre los egipcios, les apartó de la vida indigente y salvaje, les enseñó á sembrar y á plantar, les dió leyes y les hizo honrar y reverenciar á los dioses. Recorriendo el mundo, le dominó también sin emplear la fuerza de las armas, atrayéndose á la mayor parte de los pueblos por dulces persuasiones, por medio de cantos y toda suerte de música, por lo que creen los griegos que es el mismo Dionisios. Dícese que Tifon, durante su ausencia, no alteró ninguna cosa, y que Isis se consagró al mejor orden; pero que así que volvió, Tifon le promovió una emboscada, habiendo atraído á su partido setenta y dos hombres, que se conjuraron con él juntamente con una reina de Etipia llamada Azo. Tifon tomó secretamente la medida del cuerpo de Osiris y mandó construir un arca de la misma longitud, magnífica y bellamente paramentada, que hizo luego llevar á la sala donde celebró un banquete. Todos estimaron y loaron sobremanera tan hermosísima obra; Tifon dijo entonces que la regalaría de buen grado á quien cupiese perfectamente en ella. Uno tras otro todos los invitados hicieron la prueba, pero ninguno la halló proporcionada; Osiris se levantó y se metió dentro, y entonces los conjurados, echándose sobre la tapa, la clavaron, y poniendo sobre ella plomo fundido, la llevaron al Nilo, precipitándola en la boca Tanítica, cerca del mar. Por eso hoy mismo esa boca se considera execrable entre los egipcios y la llaman abominable. Añádese que el hecho se efectuó el día diez y siete del mes llamado Athyr—durante el cual el sol pasa por el signo de Escorpio (1) á los veintiocho años del reinado de Osiris, si bien otros dicen que no reinó tanto.

XIV.—Los primeros que supieron el hecho fueron los panes y los sátiros de la ciudad de Chemmis (2), que comenzaron á

---

(1) El sol entra en este signo hoy el veintitantos de Octubre.

(2) Hoy Ekmius.

alarmarse, y de ahí que á los temores súbitos y repentinos de los pueblos se les llame terrores pánicos. Así que Isis lo supo se hizo cortar una trenza y se vistió de luto en el lugar que ahora se llama Copto (1), aunque algunos creen que esta palabra significa privación, y de ahí que por la usurpación se llamase al lugar. Vestida así, esperó nuevas de su desgracia, pero nadie fué á hablarla. En esto vió jugando dos niños, á quienes preguntó si habían visto el arca. Los muchachos le contestaron que sí, y le dijeron la boca del Nilo por donde la precipitaron los cómplices de Tifon. Desde entonces los egipcios estiman que los niños poseen el don de profecía, revelan las cosas secretas, y toman por presagios las palabras que dicen jugando ó que balbucean, así en los templos como en otro lugar cualquiera.

Añádese que habiendo sabido Isis que Osiris había yacido por equivocación con su hermana, y encontrado después la corona de meliloto (2), que dejó cerca de Neftys, buscó el niño que Neftys dió á luz y ocultó por miedo á Tifon, y que hallándole tras gran trabajo por medio de los perros, que la llevaron al lugar donde estaba, le alimentó y le crió, haciendo de él su guardia y su paje cuando fué mayor, y le llamó Anubis, que se dice guarda á los dioses como los perros á los hombres.

XV.—Más tarde tuvo ella noticias del arca, y supo que las olas la habían arrojado á las costas de Biblos, donde, recostada cerca de un tamariz, no tardó en desaparecer de la vista por el rápido ú opulento desarrollo del arbusto. Admirado el Rey de Biblos del crecimiento de aquella planta, hizo cortar el tronco, que cubría precisamente el arca, para hacer un pilar que sostuviese el techo de su palacio. Advertida de ello Isis por un soplo divino, se dirigió á Biblos, sentándose cerca de una fuente, triste y llorosa, sin hablar con nadie; saludó y acarició á las mujeres de la Reina, arreglándolas los cabellos, comunicándoles el maravilloso y fragante perfume que exhalaba su cuerpo.

Al ver la Reina tan bien arregladas á sus mujeres, sintió deseos de ver á la extranjera que las había adornado, tanto por ser tocada como ellas, como por aspirar aquel perfume. Hizo llamar á Isis, y llegando á intimar con ella, la hizo aya y nodriza de su hijo. El Rey se llamaba Malcandro y la Reina Astarté ó Sao-

(1) Hoy Kept.

(2) Llamada también corona de Rey; pertenece á las leguminosas.

sis, ó Nemaun, como dicen otros, que vale tanto como en griego Athenaida.

XVI.—Dícese que Isis criaba al niño metiéndole un dedo en la boca en vez de darle el pecho, y que de noche le quemaba su cuerpo mortal y, convirtiéndose en golondrina, volaba á lamentarse alrededor del pilar. Pero fué advertida la Reina, y estando lamentándose, al ver quemado el cuerpo de su hijo, descubierta la diosa, pidió el pilar, que cortó fácilmente, le cubrió con un paño y, vertiendo en él aceite perfumado, le dió á guardar á los reyes, de donde viene que, hasta el presente, los de Biblos reverencien ese tronco, que se encuentra en el templo de Isis. Dejó luego caerse sobre el arca, sobre la que lloró tanto que el más joven de los hijos del Rey se murió de dolor, y llevándose entonces al mayor, embarcó el arca y se dió al mar. En la ribera de Fedro, por la mañana, se desencadenó un fuerte viento, é irritada ella la secó.

XVII.—En el primer sitio solitario que pudo hallar, abrió el arca y, llorando, besó y abrazó el cadáver. El joven se acercó secretamente para ver lo que hacía, y sintiéndole Isis, se volvió de repente, lanzándole una mirada tan terrible, que el joven quedó muerto no pudiendo soportarla. Otros dicen que se cayó al mar, y que es honrado á causa de la diosa y que á él es á quien loan en sus festines los egipcios bajo el nombre de Maneroto. Alguien también asegura que ese joven se llamaba Palestino, y que Pelusia fué fundada por la diosa en memoria suya y que el Maneroto que se celebra en los cantos fué el inventor de la música. Hay también quien afirma que no es el nombre de ninguna persona, sino una manera de saludar á los que comen y beben conjuntamente, peculiar de los egipcios, que vale tanto como si dijéramos: «¡Sed bien venidos!». Así también la momia que introducen en sus festines no es tampoco una representación del accidente de Osiris, como algunos estiman, sino una advertencia para gozar del presente antes de asemejarse á ella.

XVIII.—Fué Isis luego á ver á su hijo Horus, que se educaba en Buti, y como se apartara del arca donde estaba el cuerpo de Osiris, Tifon, que cazaba á la luz de la luna, la encontró, y reconociendo aquél, lo dividió en cuarenta partes, que esparció aquí y allí. Sabedora Isis de ello, corrió á buscarlos en un barco hecho de papiro, á través de los pantanos, de donde viene que los cocodrilos no molesten jamás á los que navegan en naves

hechas de esa hierba, ya porque la teman ó porque la reverencien en memoria de la diosa. Explica eso también que haya tantos sepulcros de Osiris en el país egipcio, pues á medida que Isis encontraba un pedazo hacía erigir uno. Otros dicen que no, sino que mandó hacer muchas imágenes de él, que dejaba en cada ciudad como si dejara el propio cuerpo, á fin de que en muchos sitios fuera honrado y de que si Tifon iba tras su hijo, cuando fuera á buscar el verdadero sepulcro, viendo muchos, no supiera en cuál detenerse. Encontró Isis todas las partes del cuerpo de Osiris menos el órgano reproductor, pues así que fué arrojado al Nilo lo devoraron el *lepidoto,* el *fagro* y el *oxirinto,* por lo que Isis los abominó sobre todos los peces. En vez de aquél mandó hacer lo que se llama un falo, y lo consagró á él, de tal manera que aún le solemnizan los egipcios.

XIX.—Cuentan, además, que así que Osiris volvió del otro mundo se apareció á su hijo Horus, á quien instruyó en la guerra, y le preguntó qué estimaba como más bello en el mundo. «El vengar las ofensas hechas á los padres», le contestó. Luego le interrogó: «¿Qué animal es el mejor para los que pelean?» Y Horus le respondió: «El caballo». Maravillado Osiris le preguntó por qué había dicho el caballo y no el león. Y Horus le dijo que el león era útil al que tuviera necesidad de socorro para luchar; pero que el caballo lo era más para desafiar al que huye. Habiéndole oído Osiris, se marchó muy satisfecho, juzgándole bien preparado para batir á su enemigo. Se añade que muchos tomaron el partido de Horus, incluso la misma concubina de Tifon, llamada Tueris, á quien persiguió una serpiente, que fué muerta en pedazos por la gente de Horus, por lo que aun hoy llevan una cuerda que cortan en sus reuniones en pequeños fragmentos. La lucha con Tifon duró muchos días, saliendo victorioso Horus, é Isis, teniendo sujeto á Tifon, no le mató, sino que le desató y le volvió á dejar libre, por lo que Horus, indignado, poniendo manos en su madre, le quitó de la cabeza la diadema real, en cambio de la cual la puso Hermes una cabeza de vaca como morrión. Tifon se querelló de Horus diciendo que era bastardo; pero Hermes le defendió y los dioses le juzgaron por legítimo, sosteniendo Tifon otras dos batallas. Isis, después de morir, yació con Osiris, del que tuvo á Horpócrates, que tuvo mutilados los pies.

XX.—He ahí casi todos los puntos de la fábula, menos los

más execrables como el desmembramiento de Osiris y la decapitación de Isis. Sin embargo que sólo le falta escupir al rostro y romper los dientes—como dice Esquilo—á la bienaventurada naturaleza que entendemos divina, piensan y dicen ellos que tales fábulas son verdaderas y que realmente han ocurrido. No tengo que decírtelo á ti, porque sé perfectamente que abominas y aborreces á quien tales ideas tiene de los dioses, puesto que sabes que no son sino cuentos que se asemejan á las fábulas y á las vanas ficciones de los poetas, que extienden á su placer, no más que las arañas tejen y tienden sus telas sin objeto. Dispútase, sin embargo, si no contienen alguna narración cierta, pues así como los matemáticos dicen que el arco iris es sólo una apariencia de varios colores del sol reflejado en las nubes, dícese que esta fábula es una apariencia de alguna razón en la que ha de ver nuestro entendimiento alguna verdad, como lo dan á entender los sacrificios, donde hay mezclado no sé qué de doloroso y lamentable, é igualmente las órdenes y disposiciones de los templos, que están descubiertos en algunos lugares y en otros tienen cavernas tenebrosas y subterráneas, asemejándose, en verdad, á los sepulcros donde se quedan los cadáveres; y también la opinión de los osirianos que, lejos de decir que el cuerpo de Osiris está en muchos lugares, señalan siempre á Abida, pequeña ciudad donde dicen que está el verdadero cuerpo, de tal modo, que los más potentados egipcios acostumbran á inhumar los súyos en esa población. En Menfis, además, aliméntase al buey Apis, que es la imagen y figura de su alma, y quieren que también esté el cuerpo interpretando el nombre de la ciudad, *Puerto de los buenos* ó como el *Sepulcro de Osiris*. Delante de ella está la isla Filé, inaccesible á las aves y á los peces, donde viven algunos sacerdotes, que van á ella para hacer los sacrificios y las ofrendas á los muertos y coronar de flores el sepulcro de Osiris, amparado por la sombra de un árbol grande y elevado que ser olivo.

PLUTARCO
(50-120 J. C.)

(Se continuará.)

En todo hay un espíritu; y no hay un cuerpo, por pequeño que sea, que no contenga una partícula de la Substancia divina.

Giordano Bruno.

Una profecía cumplida.

En 1890, la corbeta danesa *Heimdal* hacía un crucero por el Mediterráneo; la clase superior de la Escuela naval estaba á bordo. Sobre el puente dos jóvenes, alto y esbelto uno de ellos, el Príncipe Carlos de Dinamarca, el otro su camarada y amigo de la infancia Herdebred, rechoncho y ancho de espaldas, miraban hacia la costa deseosos de abordar cuanto antes.

—¿Crees—preguntó éste—que vamos á anclar en Málaga?

—No estoy mejor informado que tú—respondió el Príncipe. Conoces sobre este punto la severidad de mi abuelo; ha ordenado expresamente que sea tratado como los demás camaradas.

Al día siguiente, el *Heimdal* entró en el puerto de Málaga y se concedió permiso á los alumnos para desembarcar.

Dirigiéndose al encargado de la tripulación, le preguntó Herdebred:

—Usted que conoce todos los pueblos del Mediterráneo, ¿que hay que ver en Málaga?

—Muchas cosas, pero sobre todo la simpática adivinadora Dolores de Isla, que tiene un café en la calle del Carmen.

Por la tarde todos los futuros oficiales de la marina danesa estaban en el café de la calle del Carmen, sentados ante una botella de Pedro Ximénez.

Naturalmente curioso de saber su horóscopo, el Príncipe, que en nada se distinguía de sus compañeros, interpeló á la dueña de la casa:

—¿Querría usted, señora, decirme la buenaventura?

—Con mucho gusto.

La quiromántica clavó su mirada en las líneas de la mano, quedó un momento pensativa, y de pronto, retrocediendo algunos pasos, miró al joven fijamente y le interrogó con voz alterada:

—Pero ¿quién es usted, joven señor?

—Como todos mis camaradas, alumno de la marina danesa.

—Veamos otra vez. Quizá me haya engañado. ¿Quiére usted venir á este rincón, bajo la luz de la lámpara?

—¿Y por qué?—preguntó el Príncipe con ligera ironía.—¿Con esta lámpara verá usted más claro en las tinieblas del porvenir? En todo caso, ¿quién le impide hacer ahora mismo en voz alta sus revelaciones?

—Usted y yo—respondió la quiromántica en tono cariñoso, pero altivo.—Falta saber si conviene que sus compañeros oigan lo que voy á decirle.

El Príncipe se levantó y siguió á la maga en el sitio indicado. Allí, en voz baja, le habló al oído algunas palabras que nadie pudo oir.

Cuando volvió á su sitio, el joven estaba pálido y tan trastornado, que ninguno de sus camaradas se atrevió á preguntarle el secreto que le había revelado la misteriosa andaluza.

Transcurrido un mes, la expedición terminó. La *Heimdal* entró en el puerto de Copenhague. Sobre el puente, y juntos como en el Mediterráneo, los dos amigos, Herdebred y el Príncipe Carlos, paseábanse silenciosamente, cuando de pronto éste, como si hubiera salido de un sueño, dijo:

—¿Te acuerdas de la adivinadora de Málaga?

—Seguramente.

—Lo que me dijo, naturalmente, no es más que una necedad. Las personas sensatas no deberían fijarse en estas cosas. Pero entre el cielo y la tierra hay muchos misterios que los sabios no han podido descubrir aún, el hipnotismo, por ejemplo. Escucha. Tú has tenido siempre para mí una amistad sincera; antes de separarnos, quiero hacerte una confidencia. He anotado por escrito, palabra por palabra, lo que me dijo Dolores de Isla. El papel está colocado dentro de un sobre cerrado, lacrado y sellado. Prométeme guardar este sobre hasta el día que te pediré lo abras en mi presencia. En caso que muriera, quedas en libertad de romper los sellos y leer el contenido, pues entonces todo sería falso.

Después entregó el sobre á su amigo. Llevaba esta inscripción: *Málaga, 1890. Carl.*

Herdebred lo tomó y colocó en su cartera.

Transcurrieron diez años. Herdebred los pasó viajando por todos los mares. Una mañana de Julio del año 1900, en el boulevard Strand, una de las maravillas del mundo en Copenhague,

la casualidad le puso frente al Príncipe. ¡Dichoso encuentro! Apretones de manos, abrazos, recuerdos de la infancia, de la escuela, viajes...

—¿Te acuerdas aún de la adivinadora de Málaga?—dijo el Príncipe.

—Ya lo creo, siempre guardo el pliego en una de mis gavetas cerrada con lleve.

—¡Bueno! Entonces me harás el obsequio de venir á almorzar conmigo á mediodía. Mi mujer y yo estaremos solos. Ya sabes la alegría que ella tiene el recibir á mis amigos. Tráete el pliego y tendrás la explicación del enigma.

A la hora convenida Herdebred estaba en Bregdade, lugar de la cita. El almuerzo se pasó alegremente. Al servir el café, los dos amigos quedaron solos, fumando un cigarro.

—Bien;—preguntó el Príncipe.—¿Y el pliego?

Herdebred abrió su cartera y depositó sobre la mesa el pliego cerrado, y arrojó una mirada á su amigo que significaba: «Lo que mi compañero me confió ha estado siempre bien guardado.»

En el primer momento el Príncipe se echó á reir, pero pronto tomó una expresión seria después de hacer un movimiento para dominarse antes de hablar.

—¿Sabes, querido amigo, cuántas palabras estúpidas hay trazadas sobre esta hoja que tanto me ha atormentado? Pero ¡alabado sea Dios! Pura mentira fué lo que me predijo en Málaga la villana hechicera. Puedes abrir la carta y leer su contenido.

Herdebred cogió un cuchillo que había sobre la mesa, abrió el sobre y leyó lo siguiente:

«Usted tendrá un trono, y cambiará de nombre, sin cambiar de idioma.»

Hubo un momento de silencio.

El Príncipe interrumpió:

—Tú comprendes que un pobre joven de diez y ocho años haya sido víctima de tal profecía, hecha tan lejos de su país por una mujer que no tenía la menor idea de quien él era. Tú sabes cuánto he amado á mi hermano. Sólo su muerte podía hacer posible el cumplimiento de esta profecía.

El Príncipe se paseó á lo largo de la habitación, preso de emoción violenta, después sentóse y continuó:

—Desde hace diez años, cada vez que Christian, ese hermano leal y magnánimo, tenía la más pequeña enfermedad, pasaba indecibles inquietudes; la imagen de su muerte evocada invenciblemente en mi espíritu por las palabras de la maga, estaba grabada ante mí. Afortunadamente este temor, cuando mi hermano se casó, se aplacó algo, y más aún cuando tuvo un heredero, el pequeño Federico. En fin, anteayer nació un vigoroso niño, y comprendo que todo lo que predijo Dolores de Isla en Málaga es falso.

Cinco años después, el 13 de Noviembre de 1905, el Príncipe Carlos de Dinamarca llegó á ser Haakon VII, y cambió de nombre sin cambiar de idioma, subiendo al trono de Noruega.

LA CASA Y EL CEREBRO

(Traducido expresamente para SOPHIA por J. R. Rojas Sánchez.)

§ I

Un amigo mío, letrado y filósofo, me dijo cierto día con un tono que tanto podía ser formal como de broma: ¡Imagínese usted que desde la última vez que nos vimos he descubierto en medio de Londres una casa visitada por aparecidos!

—¿Habla usted en serio?—pregunté—. Y ¿qué clase de fantasmas son los que se ven?

—No puedo contestar á esta pregunta—repuso—, pero voy á decirle cuanto yo sé. Seis semanas hace que mi esposa y yo buscábamos habitación amueblada, y al pasar por una tranquila calle vimos en la ventana de una casa un rótulo que decía: «Aposentos amueblados.» El sitio nos convenía y entramos para verlos, y como nos agradase, pagué el alquiler de una semana, pero al tercer día ya estábamos fuera; ningún poder humano hubiera conseguido convencer á mi esposa á permanecer allí por más tiempo, y confieso no me extrañaba.

—¿Pero qué vieron ustedes?

—Dispense usted si no le contesto categóricamente, pues no quisiera se me ridiculizase tachándome de soñador supersti-

cioso, y por otra parte yo no podía exigir que aceptara usted, bajo mis afirmaciones, lo que juzgaría increíble, sin la evidencia de sus propios ojos. Me limitaré á decir que no fué precisamente lo que vimos ni oímos lo que nos ahuyentó de allí (puede usted suponerse muy bien que en nuestra excitación nos pareció ver visiones, ó que fuímos víctimas de la impostura de otro) sino un indefinible terror que se apoderó de nosotros al pasar por delante de la puerta de cierta habitación sin amueblar, en la que no vimos ni oímos nada. Y lo más extraño de todo es que, por primera vez en mi vida, convine con mi esposa, aunque era algo simple, en que no podríamos pasar una noche más en aquella casa. En su consecuencia, llegada la mañana del cuarto día, llamé á la mujer que nos servía, ó más bien la patrona, y díjela que la habitación no nos satisfacía del todo, por lo cual no acabaríamos allí la semana.

—Ya sé por qué—me contestó la mujer—, y añadiré que ustedes han estado más tiempo que otros inquilinos. Pocos quisieron pasar aquí la segunda noche, y nadie más que ustedes ha resistido tres, mas supongo que les han tenido mucha consideración.

—¿Quién?—pregunté yo tratando de sonreir.

—Pues los duendes que habitan en esta casa, quienes quiera que sean, á mí no me dan cuidado, pero hace muchos años que me acuerdo de ellos, desde la época que vine á vivir á esta casa; pero sé que serán la causa de mi muerte algún día; á mí no me importa, pues yo soy vieja. De todos modos he de morir, y cuando esto suceda estaré con ellos, sin abandonar la casa.

La mujer hablaba con tan fría tranquilidad, que una especie de espanto me impidió continuar con ella la conversación, y después de recoger nuestros efectos, salimos de la casa, regocijándonos de haber escapado de allí á tan poca costa.

—Excita usted mi curiosidad—dije— y le aseguro que nada me agradaría tanto como dormir en una casa habitada por duendes. Sírvase usted darme las señas de la que usted abandonó tan ignominiosamente.

Hízolo así mi amigo, y apenas se hubo marchado me dirigí á la casa en cuestión. Hallábase en el lado Norte de la calle de Oxford, en una encrucijada algo triste. Cuando llegué, vi que todo estaba cerrado y que no había rótulo en la ventana. Llamé, sin embargo, y nadie me contestó. Cuando ya me marchaba, un

muchacho, que se ocupaba en limpiar vasos en una cervecería inmediata, me preguntó:

—¿Busca usted á alguna persona en esa casa, caballero?

—Sí—contesté—, he oído decir que se alquilaba.

—¡Que se alquilaba! La mujer que la tenía murió hace más de medio mes, y no se encuentra nadie que quiera vivir ahí. El señor J... ofreció á mi madre, que le sirve, cinco duros semanales por abrir y cerrar las ventanas, y los rehusó.

—¿Y por qué?

—Porque en esa casa hay duendes. La mujer que en ella vivía, fué encontrada muerta en su lecho, con los ojos que parecían saltársele de las órbitas, y aseguran que el diablo la estranguló.

—¡Bah! Tú has citado el nombre del señor J... ¿es por ventura el dueño de la casa?

—Sí, señor.

—¿Dónde vive?

—En la calle de G..., número...

—¿Qué es? ¿Se ocupa en algún negocio?

—No, señor; es un simple particular.

—Muy bien.

Dí al muchacho la gratificación que merecía por sus informes, y encamineme al domicilio del señor J..., en la calle de G..., muy próxima á la en que estaba la casa de los duendes. Tuve la suerte de encontrarle; era hombre de edad avanzada, de expresión inteligente y finos modales.

Comencé por darle á conocer mi nombre y mi profesión, y díjele después que había oído decir que aquella casa era visitada por duendes, que yo tenía el más vivo deseo de examinar una de tan equívoca reputación, y que le agradecería me la alquilara, aunque solamente fuera por una noche, pagando yo lo que se creyere razonable.

—Caballero—contestó el señor J... con mucha cortesía—, pongo la casa á disposición de usted por el tiempo que guste, sea poco ó mucho, y ni hablemos del precio, pues yo soy quien le quedará obligado si consigue descubrir la causa del extraño fenómeno que le hace perder todo su valor. No puedo alquilarla porque ni siquiera encuentro una mujer que la cuide y se encargue de contestar en la puerta. Desgraciadamente, parece que en la casa hay en realidad duendes, tanto de día como de

noche, aunque durante ésta las manifestaciones tienen un carácter más alarmante. La pobre mujer que murió allí, tres semanas hace, era una pobre á quien yo saqué del hospicio, porque en su infancia la conocieron algunas personas de mi familia, habiendo ocupado una vez tan buena posición, que tuvo medios para alquilar á mi tío la finca. Era mujer de superior educación, de clara inteligencia, la única persona á quien pude reducir á permanecer en la casa. A decir verdad, desde su muerte, y después de practicadas las diligencias judiciales, que dieron lugar á no pocos comentarios, he desesperado de tal modo de hallar una persona que se encargue de ella, y mucho menos un inquilino, que de buena gana le cediera gratis por un año á cualquiera que quisiese pagar tan sólo la contribución.

—¿Cuánto tiempo hace que la casa adquirió su siniestro nombre?

—Apenas podría decírselo á usted, pero hace muchos años; la mujer de quien he hablado, dijo que ya había fantasmas en ella cuando la alquiló treinta ó cuarenta años ha. El hecho es que yo he pasado mi vida en la India Oriental al servicio de la Compañía, y no volví á Inglaterra hasta el invierno pasado, para recoger la herencia de mi tío, entre cuyas posesiones hallábase la casa en cuestión. La encontré cerrada, sin persona alguna que la guardase. Se me dijo que había en ella apariciones y que nadie quería vivir allí. Esto me hizo sonreir, y tomándolo á broma, gasté algún dinero en reparar la casa, agregando á los muebles antiguos algunos modernos; inserté varios anuncios para alquilarla, y encontré inquilino por un año. Era un coronel de reemplazo, y se instaló con toda su familia, compuesta de su hijo, dos hijas y cuatro ó cinco criados.

Al día siguiente todos abandonaron la casa, y aunque cada individuo declaró haber visto alguna cosa distinta de la que espantara á los otros, siempre quedaba en pie que había algo terrible. En ley y en conciencia yo no podía quejarme, ni menos reclamar contra el coronel por haber faltado al contrato, y entonces alojé allí á la anciana de quien le he hablado á usted, autorizándola para alquilar la casa ó algunas de sus habitaciones. Sin embargo, jamás tuve un inquilino que permaneciese más de tres días, y yo no le repetiré á usted lo que me contaron; mas por lo que todos dicen, cada individuo observó fenómenos diferentes. Mejor será que juzgue usted por sí mismo y

no entre en la casa bajo la influencia de cuanto han dicho los demás. Pero bueno es que se prepare para ver y oir alguna cosa ú otra, y adopte las precauciones que le parezcan convenientes.

—¿Y no ha tenido usted nunca curiosidad por ver qué sucede en esa casa pasando una noche en ella?

—Sí, tuve curiosidad y permanecí una vez tres horas, pero de día, no de noche; y aunque mi curiosidad no haya quedado satisfecha, ya no me aguijonea como antes, ni tengo el menor deseo de renovar la prueba. No se podrá usted quejar, caballero, de que le hable con toda la franqueza posible, y á menos de que tenga usted verdadero interés y esté seguro de la fortaleza de sus nervios, le aconsejaría lealmente que no pase una noche allí.

—Mi interés—contesté—es muy poderoso, y se excita más que nunca por lo que usted dice. Aunque tan sólo es propio de cobardes jactarse de la solidez de sus nervios en situaciones del todo inusitadas, yo debo advertir que los míos han estado á prueba en diversas situaciones muy peligrosas, y por lo tanto, me creo autorizado para confiar en ellos, hasta en una casa habitada por duendes.

El señor J... dijo algunas palabras más, sacó las llaves de la casa de un pupitre y entregómelas. Yo le dí cordialmente las gracias por su franqueza y su atención, y despedime.

Impaciente por saciar mi curiosidad, apenas hube llegado á casa llamé á mi criado de confianza, joven, de carácter alegre que no temía á Dios ni al diablo, y tan libre de preocupaciones supersticiosas como yo mismo.

—Felipe—díjele—; ya recordarás cuánta fué nuestra decepción en Alemania por no haber encontrado un fantasma en aquel antiguo castillo en que se aseguraba que se veía una aparición. Pues bien; ahora tengo una casa en Londres que decidídamente debe estar habitada por duendes, á jnzgar por lo que me han dicho. Tengo intenciones de dormir allí esta noche; y, si no me han engañado los que me hablaron sobre el particular, seguro es que algo veremos ú oiremos, tal vez sumamente horrible. ¿Te parece á tí que si te llevo en mi compañía podré confiar en tu presencia de ánimo, suceda lo que suceda?

—¡Oh, señor! Ciertamente puede usted confiar en mí—; contestó Felipe casi saltando de contento.

—Muy bien. En tal caso ahí tienes las llaves de la casa y

las señas. Puedes ir ahora mismo; elige para mí la alcoba que te parezca, y, puesto que hace algunas semanas que nadie habita allí, enciende un buen fuego, ventila las camas bien y ten cuidado de que no falten bujías y combustible. Lleva además mi revólver y mi daga y tú te armarás igualmente. Si los dos no bastamos para hacer frente á una docena de fantasmas, mereceremos que se burlen de nosotros como dos pobres ingleses.

Yo estuve muy ocupado el resto del día para despachar ciertos asuntos muy urgentes, y no tuve tiempo para pensar en la aventura nocturna en que empeñaba mi honor en cierto modo. Comí tarde y solo, y mientras me servían leí, según costumbre. Aquel día elegí uno de los volúmenes de la obra *Ensayos*, de Macaulay, libro que pensaba llevarme, porque su estilo es tan sano y tan práctico, que podía servirme de antídoto contra las influencias de la superstición.

A eso de las nueve y media guardé el libro en mi bolsillo y dirigíme hacia la casa misteriosa, llevando á mi perro favorito, pequeño, muy valeroso y sagaz, aficionado á dar caza á la ratas.

Era una noche de verano, pero muy fresca, y algunas espesas nubes comunicaban al cielo un aspecto algo triste; pero había luna, aunque iluminaba débilmente y tan sólo á intervalos cuando se despejaban aquéllas.

Llegado á la casa llamé, y el criado me abrió con la sonrisa en los labios. Todo está corriente, señor—me dijo—, y tendremos la comodidad apetecible.

—¡Oh!—exclamé yo algo contrariado—. ¿No has visto ni oído ninguna cosa notable?

—Hablando con franqueza, señor, debo confesar que he oído algo extraño...

—¿El qué, el qué?

—El rumor de pisadas atrás de mí, y dos ó tres veces como un cuchicheo á mi lado, nada más.

—¿Tienes miedo?

—¿Yo? nada de eso, señor.

La mirada de Felipe al contestar, me tranquilizó del todo, y no dudé que sucediera lo que sucediese, no me abandonaría.

Estábamos en el patio con la puerta de la calle cerrada, y lo primero que hice fué fijar la atención en mi perro. Al principio el animal había corrido animadamente; pero muy pronto volvió hacia la puerta de salida y arañándola como si quisiera

salir. Después de acariciarle un poco, dirigiéndole palabras cariñosas, el perro pareció reconciliarse con la situación, y siguióme por la casa, pero manteniéndose junto á mis pies en vez de correr por un lado y otro, según su costumbre, en todos los sitios extraños para él.

Comenzamos por visitar las habitaciones subterráneas, la cocina y otras dependencias, y, sobre todo, la bodega, donde únicamente encontramos dos ó tres botellas de vino, cubiertas de telarañas, y que, á juzgar por su aspecto, se hallaban allí hacía muchos años. Vimos también un patio de aspecto lúgubre con paredes muy altas; las piedras del pavimento estaban muy húmedas, y con el polvo habíase formado una ligera capa cenagosa, de modo que nuestros pies dejaban una ligera impresión, y entonces observamos el primer fenómeno extraño. Delante de mí marcóse de improviso una huella, y al notar esto, cogí del brazo á mi criado y se la señalé. Más adelante marcóse otra y otras, y no cabía duda porque los dos lo estábamos viendo. Entonces me adelanté con más rapidez, pero la huella me precedió siempre; era pequeña, como la de una niña, muy ligeramente marcada, apenas suficiente para distinguir su forma; más nos pareció ser la de un pie desnudo. El fenómeno cesó apenas llegamos á la pared opuesta, y no se repitió cuando regresamos. Subimos la escalera y penetramos en las habitaciones del primer piso, una sala pequeña, comedor y un aposento más reducido aún, destinado, sin duda, para un sirviente, todos silenciosos como la tumba. Después visitamos el salón y el gabinete, que parecían frescos y nuevos; me senté en un sillón; y Felipe dejó sobre la mesa el candelero con que nos alumbrábamos. Díjele que cerrase la puerta, y al volverse para hacerlo, una silla que estaba frente á mí desvióse de la pared con rápidos y silenciosos movimientos, y cayó como á una vara de distancia del sillón que yo ocupaba.

—¡Vamos!—exclamé—, esto es más maravilloso aun que las mesas giratorias. Y como tratara de sonreir, mi perro levantó la cabeza, dejando escapar un lúgubre aullido. Felipe, vuelto de espaldas, no había observado el movimiento de la silla; lo único que hizo fué acariciar el perro para que callase, mientras que yo seguí mirando á aquélla fijamente. Entonces me pareció distinguir sobre su asiento el contorno nebuloso de una figura humana, semejante á una neblina de color azul pálido; una cosa

tan vaga, que casi hubiera podido dudar de mi propia visión. El perro parecía tranquilo ya.

—Pon esa silla en su sitio apoyada en la pared como estaba—dije á Felipe. El criado obedeció.

—¿Ha sido usted, señor?—preguntó volviéndose bruscamente.

—¿Qué quieres decir?

—Alguien me ha tocado, he sentido un ligero golpe en el hombro.

—Pues no he sido yo—contesté—; sin duda tendremos aquí juglares y tal vez no descubriremos sus mañas, pero quizás se les coja antes de que nos asusten.

No permanecimos largo tiempo en la sala, pues sentíase mucha humedad y frío, por lo cual me alegré de salir para calentarme al fuego en el piso segundo. Lo primero que se hizo fué cerrar las puertas del gabinete y de la sala, precaución que habíamos tomado con todos los aposentos visitados antes. La alcoba que Felipe había elegido para mí, la mejor de todas, era muy espaciosa, con dos ventanas á la calle. El lecho, de columnas, ocupaba un espacio considerable y hallábase en frente de la estufa donde ardía entonces un buen fuego; una puertecilla á la izquierda, entre el lecho y la ventana, comunicaba con el aposento que Felipe se había apropiado; era una reducida estancia con un sofá-cama, y no tenía más salida que por mi alcoba.

Á cada lado de la estufa veíase un armario sin cerradura, empotrado en la pared y cubierto con el mismo papel de ésta, que era de color pardo obscuro.

Examinamos estos armarios y solamente encontré en ellos algunos ganchos para colgar vestidos de mujer. Tanteé las paredes y convencíme de que eran sólidas, tanto como las exteriores del edificio. Terminada la inspección de aquellas habitaciones, me calenté un rato al fuego, encendiendo un cigarro, y después quise ir con Felipe á practicar otros reconocimientos. En el recibimiento había otra puerta, pero la encontré herméticamente cerrada.

—Señor—díjome el criado con expresión de sorpresa—; yo abrí esta puerta así como todas las demás apenas llegué, y no es posible que la hayan cerrado por dentro, porque...

Antes de que Felipe hubiese terminado la frase, la puerta, que ninguno de los dos tocaba en aquel momento, abrióse silen-

ciosamente de por sí, y los dos nos miramos un instante sin pronunciar palabra.

El mismo pensamiento nos ocurrió á los dos; allí debía haber algún ser humano y me precipité en el interior de la estancia, seguido de Felipe. Aquella habitación sin mueble alguno tenía un aspecto triste. Solamente vi algunos cajones vacíos en un rincón. La única ventana del cuarto hallábase cerrada. No había estufa, ni tampoco más puerta que aquella por donde nosotros entramos. El suelo parecía muy antiguo, desigual y desgastado ya por el uso, y, en una palabra, ningún sér viviente hubiera podido ocultarse allí, porque no había dónde. Mientras mirábamos á nuestro alrededor, la puerta se cerró tan silenciosamente como se abriera antes; estábamos prisioneros. Por primera vez experimenté una especie de temor indefinible; pero no sucedió lo mismo á mi criado.

—¡Diantre!—exclamó—; supongo que no traten de enterrarnos aquí encerrados como en una ratonera; señor, me bastaría un puntapie para derribar esa puerta engañosa.

—Prueba primero con la mano—repuse tratando de sacudir la vaga inquietud que se apoderaba de mí. Abrí la ventana que daba al pequeño patio citado antes, y no había antepecho ni saliente alguno en la pared que interrumpiese su oblicuidad. El hombre que había salido por allí no había encontrado donde sentar el pie y hubiera caído sin remedio sobre las piedras abajo.

Felipe trataba entre tanto, aunque inútilmente, de abrir aquella puerta, y volviéndose hacia mí pidióme permiso para forzarla. Debo consignar aquí, para hacer justicia á mi criado, que en vez de manifestar éste ningún temor supersticioso, demostró una serenidad y hasta buen humor, en medio de aquellas circunstancias extraordinarias, que me admiró realmente, y me felicité de haber elegido un compañero tan á propósito para aquella ocasión. Con la mejor voluntad le otorgué el permiso que pedía, pero aunque era un robusto muchacho, muy fornido, su fuerza no sirvió de nada, pues la puerta no tembló siquiera. Fatigado y sin aliento debió desistir, y entonces traté de abrir yo, pero en vano.

Cuando al fin desistí, sobrecogióme de nuevo la misma impresión de temor que antes, pero esta vez más profunda y dominante. Entonces me pareció que una extraña exhalación se

elevaba de aquel carcomido pavimento, impregnando la atmósfera de una influencia venenosa, y contraria á la vida humana; y un momento después la puerta se abrió otra vez lentamente como por sí propia. Al ver esto, nos precipitamos fuera y vimos una gran luz pálida, del tamaño de una figura humana, pero sin forma alguna, que se movía delante de nosotros subiendo la escalera que conducía á las guardillas.

Me lancé en pos de ella, y mi criado me siguió. La luz, torciendo á la derecha, penetró en una guardilla pequeña, cuya puerta encontramos abierta, y yo entré en el mismo instante, pero entonces la luz se concentró en una especie de glóbulo en extremo brillante y vívido, permaneció un instante en una cama que había en un rincón, agitóse y se desvaneció. Nos acercamos al lecho para examinarle; era un catre, tal como se encuentran en las guardillas y que se destinan á los criados, y junto á él vi algunos cajones, en uno de los cuales encontramos un pañuelo viejo con un rasgón; aún conservaba la aguja con que se trató, sin duda, de conservarlo.

Estaba cubierto de polvo y presumí que había pertenecido á la anciana, muerta en aquella casa, la cual había elegido para alcoba la guardilla donde estábamos. Tuve suficiente curiosidad para abrir los cajones que contenían diversos artículos, entre otros algunos retazos de vestidos de mujer y dos cartas atadas con dos cintas amarillas muy viejas, de las cuales me apoderé, impulsado por la curiosidad; no encontramos en aquel aposento ninguna otra cosa digna de notarse, mas cuando íbamos á salir percibimos distintamente el rumor de pasos delante de nosotros, sin ver la menor cosa. Yo llevaba las cartas en la mano, y al bajar la escalera sentí una presión en la muñeca como si alguna mano invisible hiciera esfuerzos por arrancármela, más yo aparté la mía y el esfuerzo cesó. Volvimos á la alcoba donde debíamos pasar la noche, y entonces observé que mi perro no nos había seguido cuando salimos de ella; hallábase junto al fuego y temblando como un azogado. Tenía yo impaciencia por examinar las cartas; mientras las leía mi criado abrió la caja en que se pusieron las armas, sacólas y las colocó sobre la mesa, junto á la cabecera de mi cama. Después acarició al perro, que apenas le hizo caso alguno. Las cartas eran cortas y databan exactamente de treinta y cinco años antes. No podía dudarse que habían sido escritas por un amante á su querida, ó por un

marido á su joven esposa. El carácter de letra y ortografía revelaban un hombre de poca educación, y hasta el estilo era torpe. Ciertas expresiones, muy ordinarias, parecían indicar un amor violento, pero acá y allá hacíanse algunas alusiones á cierto secreto, no de amor, sino más bien relativo á un crimen, á juzgar por la significación de las palabras. *Debemos amarnos*— decía una de las frases, que recuerdo muy bien— *porque todo el mundo nos aborrecería si supiese aquéllo*. Y en otro lugar: *No permitas á nadie quedarse en tu cuarto durante la noche, pues sueles hablar cuando sueñas*. Y más lejos: *No es posible deshacer lo que se ha hecho; y te aseguro que no hay nada contra nosotros, á menos que los muertos puedan resucitar*. Aquí se había escrito bajo la línea, con letra de mujer, pero mucho más clara: *¡Sí que resucitan!* Al final de la segunda carta la misma mano de mujer había trazado una línea que decía: *Perdido en el mar el 4 de Junio, el mismo día en que...*

Dejé las cartas y comencé á reflexionar sobre sus contenidos. Sin embargo, temeroso de que el orden de ideas en que entré excitara mis nervios, resolví mantener mi ánimo tranquilo para hacer frente á todo lo maravilloso que pudiera producirse en el transcurso de la noche.

Después de poner las cartas sobre la mesa revolví el fuego, muy vivo aún, y disponíame á leer mi volumen de Macaulay. La lectura me entretuvo hasta las doce y media, poco más ó menos. Á esta hora me eché en la cama vestido, y dije á mi criado que podía retirarse á su cuarto, pero que procurara no dormirse y que no cerrara la puerta de comunicación entre las dos habitaciones.

Una vez sólo dejé dos bujías encendidas en la mesa junto á mi lado; puse el reloj entre las armas, y con toda tranquilidad continué mi lectura. Frente á mí la leña ardía con vivo resplandor, y junto á la chimenea estaba echado el perro, dormido al parecer. A los veinte minutos sentí una corriente de aire muy frío que me pasó por el rostro como una ráfaga, helándome casi las mejillas.

Creí que la puerta que tenía á la derecha se había abierto, pero no, hallábase bien cerrada. Entonces miré á la izquierda y observé que las llamas de las bujías oscilaban como á impulsos del viento. En el mismo instante mi reloj, que estaba junto á mis armas, se deslizó suavemente de la mesa, sin que ninguna

mano visible lo tocase, y desapareció. Salté al punto del lecho, y cogiendo el revólver con una mano, empuñé mi daga con la otra, temeroso de que mis armas sufrieran la suerte del reloj. Apenas hube hecho esto, oí dar tres golpes en la cabecera de la cama.

—¿Es usted, señor?

—¡No!—contesté—. ¡Alerta!

En aquel momento ví al perro sentarse moviendo las orejas con mucha rapidez hacia atrás y hacia adelante; tenía la vista clavada en mí, y su manera de hablar era tan extraña, que concentré en él toda mi atención.

Se levantó lentamente, con el pelo erizado, y quedó inmóvil completamente rígido, mirándome siempre con la misma fijeza.

No tuve tiempo para seguir examinando al perro, pues mi criado salió de improviso de su cuarto corriendo... Si alguna vez he visto la expresión del terror pintada en un semblante humano, seguramente fué entonces, y tan descompuestas estaban las facciones de Felipe, que si lo hubiera encontrado en la calle en aquel momento no le habría reconocido. Pasó con rapidez junto á mí, y díjome con voz tan baja que apenas noté el movimiento de sus labios ¡Huid, señor, huid! ¡Vienen detrás de mí! Y: corriendo hacia la puerta, abrióla con mano temblorosa y precipitándose hacia la escalera. Le seguí involuntariamente gritándole que se detuviese; pero no hizo aprecio, y cogiéndose de la barandilla franqueó los escalones de cuatro en cuatro; desde el sitio en que me hallaba oí abrir la puerta de la calle, que se cerró después con estrépito; quedaba yo completamente solo en la casa de los fantasmas.

Tan sólo un momento permanecí indeciso, vacilando entre seguir ó no á mi criado; pero el orgullo y la curiosidad se antepusieron á todo, evitándome una fuga vergonzosa. Volví á mi cuarto, cerré la puerta y adelantéme cautelosamente hacia el cuarto de Felipe, pero no encontré nada que justificase su terror. Examiné con mucho cuidado las paredes para ver si había alguna puerta oculta, y no descubrí la menor señal ó grieta. ¿Cómo, pues, había penetrado allí, sin pasar por mi habitación, la COSA, fuere lo que fuere, que de tal modo había espantado á Felipe?

Volví á mi alcoba, cerré la puerta de comunicación con llave, y permanecí junto á la estufa esperando y preparado á todo.

Entonces observé que el perro estaba acurrucado en un rincón y se oprimía contra la pared, cual si tratara de abrirse paso á través de ella. Me acerqué al pobre animal dirigiéndole algunas palabras cariñosas; pero sin duda, estaba fuera de sí por el efecto del terror; enseñaba los dientes y le colgaba la baba de las fauces; seguramente me hubiera mordido si le hubiera tocado, pues sin duda no me reconocería en aquel momento. Quien haya visto en los jardines zoológicos un conejo fascinado por una serpiente, acurrucado en un rincón, podrá formar una idea de la angustia de mi perro. Persuadido de que serían inútiles mis esfuerzos para calmarlo, y temiendo que su mordedura fuese venenosa en aquel estado, como en la locura de la hidrofobia, le dejé solo; puse mis armas sobre la mesa, junto al fuego, y me senté para seguir leyendo mi Macaulay. A fin de que no parezca que trato de acreditarme de hombre de valor, ó por lo menos de mucha sangre fría, como mis lectores podrán creerlo muy bien, suponiendo que exagero, permítaseme aquí una digresión para hacer dos ó tres observaciones.

Como yo entiendo que la presencia de ánimo, ó el valor, según lo llaman otros, es precisamente proporcionada á la familiaridad con las circunstancias del caso, diré que yo estaba acostumbrado hacía bastante tiempo á todas las experiencias que pertenecen á lo maravilloso. Había visto muchos fenómenos muy extraordinarios en diversas partes del mundo; fenómenos en que no se creería si yo los citara, ó que se atribuirían á los agentes sobrenaturales. Ahora bien; según mi teoría, lo sobrenatural es lo imposible, y aquello á que se da la primera de estas calificaciones, es tan sólo algo de las leyes de la Naturaleza que nosotros no hemos conocido aún. De consiguiente, si un fantasma se eleva ante mí, no tengo derecho para decir que lo sobrenatural es posible, sino que diré más aún, que la aparición de aquél es contraria á la opinión admitida dentro de las leyes de la naturaleza, es decir, lo sobrenatural. Ahora bien; yo creo que todo lo visto por mí hasta entonces, y, á decir verdad, en todas las maravillas de todos los aficionados al misterio, recuerdan como hecho positivo siempre se requiere al agente vivo ó material. En ciertos países se encontrarán aún mágicos que aseguran que pueden evocar espíritus. Supongamos por un momento que dicen la verdad; aun siendo así, la forma viva material del mágico está presente, y él es el agente material por el que se

presentan á vuestros sentidos algunas particularidades constitucionales, ciertos fenómenos extraños. Por otra parte acéptese como verdadero lo que se cuenta de la manifestación del espíritu en América (sonidos musicales ú otros, escritos en papel producidos por una mano invisible, objetos de mobiliario que se mueven sin ningún agente humano aparente, ó á la vista y al contacto de manos que no parecen pertenecer á ningún cuerpo); el *medium*, ó agente vivo, con particularidades constitucionales capaces de obtener esas manifestaciones. En resumen; tales maravillas, y suponiendo que no hay impostura, debe existir un sér humano como nosotros por el cual ó por cuya mediación se produzcan los efectos presentados. Así sucede con el fenómeno del mesmerismo, tan familiar para nosotros ahora, y con la electrobiología: el ánimo de la persona en quien se opera aféctase por un agente vivo ó material; y ni aun suponiendo que sea verdad que un paciente mesmerizado pueda responder á la voluntad del operador, aunque se halle á un centenar de millas, se podrá negar que la contestación es debida á un sér material. Esto se conseguirá, tal vez, por un fluído, llamémosle eléctrico ó lo que se quiera, que tenga la facultad de atravesar el espacio, franqueando todos los obstáculos y cuyo efecto material se comunica de uno á otro.

§ II

En su consecuencia, todo cuanto había visto hasta entonces ó esperaba ver en aquella casa, creíalo producido por algún agente tan mortal como yo, y esta idea me preservó necesariamente del espanto que podía impresionar á los que consideran como cosas sobrenaturales las que no estaban dentro de la esfera de los hechos ordinarios de la naturaleza. Así, pues, yo conjeturé que todo cuanto se había presentado ó presentara á mis sentidos debía tener su origen en un sér humano, por constitución de la facultad de producir el fenómeno, y que tendría algún motivo para proceder así. Por eso me interesaba más mi teoría que, dicho sea de paso, era más bien filosófica que supersticiosa. Y añadiré sinceramente que estaba tan tranquilo para la observación como cualquier experimentalista práctico cuando espera los efectos de alguna rara aunque tal vez peli-

grosa combinación química. Como era natural, cuanto más mantuviera mi ánimo desviado de la ilusión más apto sería para observar, y por lo tanto, fijé la vista y el pensamiento en el buen sentido de las páginas de Macaulay.

De repente noté que alguna cosa se interponía entre el libro y la luz; y como observé que las páginas se obscurecían, miré hacia arriba. Entonces divisé una cosa que me será muy difícil describir, si no imposible; era una obscuridad que tomaba gradualmente un contorno indefinido en el aire, como puede asegurarse que fuese una forma humana; y, sin embargo, parecía más bien esto último ó una sombra que ninguna otra cosa. Tal como se presentó, completamente separado y distinta del aire y de la luz que había alrededor, sus dimensiones parecían gigantescas y la parte más alta tocaba casi al techo.

Mientras observaba aquel fenómeno sobrecogióme una impresión de frío, tanto que ni aun en medio de un glacial hubiera podido sentir físicamente tal sensación de hielo; pero hallábame convencido de que esta sensación no era debida al temor. Siempre con la vista fija en la sombra, parecióme de pronto, aunque no puedo asegurarlo en absoluto, que distinguía dos ojos mirándome desde la altura. Por un momento figuréme verlo claramente; después se desvanecieron al parecer, pero aún quedaban dos rayos de luz de color azulado pálido que penetraban á través de la obscuridad á la altura en que creía y dudaba haber observado los ojos.

Hice un gran esfuerzo para hablar, y la voz me faltó. ¿Será esto miedo? pensé; no lo sé contestar. Quise levantarme y no pude: hubiérase dicho que algún peso me sujetaba con irresistible fuerza. A decir verdad, pensé que un poder inmenso, ó mejor dicho sobrehumano, me tenía sujeto allí y que sería inútil luchar contra una fuerza superior á la del hombre. Opuesto á mi voluntad había otra muy poderosa por su naturaleza, como lo es la tempestad en el mar ó el incendio en la tierra.

Y á medida que esta impresión se apoderaba de mí, degeneraba en la del horror, pero el horror en un grado que mis palabras no podrán expresar. Sin embargo, conservé el orgullo, si no el valor, y díjeme interiormente: *Esto es horror, pero no miedo; y mientras no tema no puedo recibir daño. Mi razón rechaza una cosa: es una ilusión. ¡No temo!*

Por un esfuerzo violento conseguí al fin extender mi mano

para coger el arma de la mesa; mas al hacer este movimiento sufrí una extraña sacudida en el hombro y mi brazo cayó inerte. Y como para que el horror fuera más intenso, la luz comenzó á disminuir lentamente; la llama de la bujía no se apagaba, pero poco á poco hacíase más pequeña. Lo mismo sucedió con el fuego; su resplandor se extinguió casi, y á los pocos minutos la habitación quedó completamente á obscuras.

El horror que se apoderó de mí al verme rodeado de tinieblas en aquella habitación, con la misteriosa sombra cuya influencia se dejaba sentir tan intensamente, produjo una reacción en mis nervios y, en una palabra, el terror llegó á ese paroxismo en que era forzoso que mis sentidos me abandonaran, ó que yo destruyera el encanto penetrando en él. Y conseguí esto último: recobré la voz, aunque fuera más bien una especie de grito, y recordé que pronuncié palabras semejantes á éstas: *¡No temo! ¡Mi alma no teme!* Y al mismo tiempo parecióme que renació en mí la fuerza. En medio de la profunda obscuridad llegué á una de las ventanas, descorrí la cortina violentamente y quise ver la luz: ésta fué la primera cosa en que pensé. Y al contemplar la luna, clara y serena, experimenté una alegría indecible que casi compensó al temor de momentos antes. Sí, allí estaba el astro de la noche, y también iluminaron los faroles de gas en la desierta calle. Volví á mirar al interior de la habitación: los rayos de la luna penetraban en sus sombras, muy débiles y parcialmente; pero siempre era luz. La obscura visión, ó fuerza, ó lo que fuera, había desaparecido; pero aún pude ver la sombra confusa en la pared opuesta.

Entonces fijé la mirada en la mesa, que no tenía tapete ni cosa alguna que la cubriera, y vi elevarse una mano flaca y arrugada que se descubría sólo hasta la muñeca; al parecer era tan de carne y hueso como la mía, pero evidentemente de una persona de avanzada edad, á juzgar por las arrugas.

Con mucha suavidad se apoderó de las dos cartas que yo había dejado allí, y éstas desaparecieron al punto. En el mismo instante oí los mismos tres golpes acompasados que resonaron en la cabecera de mi lecho antes de que comenzase aquel misterioso y extraordinario drama.

SIR BULWER LYTTON

(Se concluirá).

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

Asunto C. W. L. En una convención extraordinaria de la Sección francesa de la S. T. que tuvo lugar en París el día 20 de Diciembre último para la rehabilitación de Mr. C. W. Leadbeater, la votación á que se sometió este asunto ha dado el resultado siguiente: De 38 votantes, 32 lo hicieron en favor de la proposición, 4 en contra y 2 se abstuvieron de votar.

En la Sección finlandesa se sometió á votación este mismo asunto, habiendo resultado aprobado por 287 votos y uno en contra, absteniéndose de votar 131 miembros.

* * *

La Rama de Madrid y la Rama Arjuna de Barcelona han remitido á Mrs. Mand Sharpe, Secretario general de la Sección Británica, escritos de adhesión al Presidente de la Sociedad Teosófica Mrs. A. Besant.

* * *

Ha desencarnado el 27 de Diciembre último la Ilustrísima Sra. D.ª Elisa Espar y Valero, miembro de la S. T. afiliada á la Rama de Madrid y conocida por el seudónimo de Rosa Perales.

Infatigable propagandista de las ideas y enseñanzas espiritualistas, colaboró en varias revistas espíritas de España y tradujo interesantes obras consagradas al estudio y difusión de la doctrina de A. Kardec.

Consagremos todos un recuerdo fraternal para la que en esta vida trabajó tanto en pró de nuestros ideales, y que la gratitud por su valioso apoyo sea perenne en nuestro corazón.

* * *

La Sociedad Teosófica en Rusia. Ha quedado definitivamente constituída la Sección rusa de la S. T. en 17 de Noviembre último, y reconocida por el Gobierno con el nombre de *Sociedad Teosófica Rusa*. La primera asamblea general ha reunido fraternalmente á 125 miembros.

***

I. C. R. M. T.

COMITÉ INTERNACIONAL DE INVESTIGACIONES EN LA TRADICIÓN MÍSTICA

El nuevo programa á que se han de atener los trabajos que deseen presentarse á este Comité, están imprimiéndose y pronto serán distribuídos entre los miembros del mismo. Si alguno de los miembros españoles de la S. T. desea conocer este programa, puede dirigirse al Secretario de la Rama de Madrid.

***

La biblioteca teosófica en Barcelona. Los trabajos que en esta biblioteca realizan nuestros hermanos de la Rama Arjuna obtienen cada día un éxito mayor.

El sábado 21 de Noviembre, ó sea el siguiente al de la inauguración, dió una conferencia pública D. Pedro Sala Vilaret—Director del periódico *El Diluvio,* desarrollando el tema *Lo Absoluto y Kant en su relación con la Teosofía.* El distinguido orador expuso de un modo claro y sugestivo la irrealidad de las formas según Kant, demostrando cómo á través de las mismas palpita el eterno espíritu que las anima. Dijo que la moderna Teosofía ilumina los sistemas filosóficos de los ilustres sabios que nos han precedido, demostrando el fondo *real* en que todas se apoyan.

El auditorio escuchó con verdadero interés aplaudiendo al elocuente orador.

En los siguientes sábados se hizo una lectura comentada de la obra de Mrs. A. Besant, titulada *La Sabiduría Antigua,* por D. Federico Climent Ferrer.

El día 19 de Diciembre, el Dr. D. José Antich dió una bri-

llante conferencia cuyo tema fué *Objetibismo y Subjetivismo*, expresando en párrafos llenos de vida y elocuencia la realidad eterna de lo subjetivo, y lo efímero de lo objetivo, demostrando, sin embargo, su *necesidad*. En su elocuente peroración se remontó el Dr. Antich al zénit de la evolución humana, al sublime momento en que la conciencia individual se obscurece para fundirse en la conciencia Divina del Logos; Paz, Sabiduría y Amor eternos. El orador recibió muchas felicitaciones.

En *El Progreso* de Barcelona, y con motivo de esta interesante conferencia, de la cual hace un largo resumen, se inserta el párrafo siguiente donde se pone de manifiesto el que la gente se da cuenta de la importancia del movimiento teosófico. Dice así:

«.....Nuestro querido amigo (el Dr. Antich) explicó el sábado último una de sus conferencias íntimas, las que si bien pueden ofrecer interés á contado número de personas por la índole de sus problemas, que ya van pareciendo incompatibles con la época en que vivimos, amparadora de un materialismo y amarrada brutalmente al bárbaro grillete de la *lucha por la vida*, á pesar, decimos, de que todo lo que no sea un positivismo exagerado haya de merecer el desdén de una casi total mayoría.....»

No transcribimos todos los elogios que hace de dicha conferencia este diario, porque parecería que estábamos elogiándonos á nosotros mismos; pero no hemos de pasar sin advertir la alegría que nos causa el ver satisfechos los justos y desinteresados deseos de nuestros amigos de la Rama Arjuna.

***

5.º Congreso de la federación de las secciones europeas. El próximo Congreso que tendrá lugar en Budapest el 30 de Mayo y será presidido por el Presidente de la S. T., Mrs. A. Besant, donde dará dos conferencias, una sobre «El ciclo presente y el lugar que en él ocupa la Sociedad Teosófica», y la otra conferencia versará acerca del «Cristo: lo que él es».

Rogamos á los miembros españoles que quieran presentar algún trabajo, anuncien su título ó tema, lo antes posible, al Secretario del Congreso.

***

Nuevas ramas. Una nueva Rama de la S. T. se ha constituído en París el 21 de Diciembre de 1908, con el título de Paix, por los miembros Sres. d'Heucqueville, Allain, Pascal, Rivière, Gayot y Mercier; las Srtas. Lesguillier, Allain y Pascal, y el Dr. Pascal y Mr. Sandoz.

El local social es en la Rue de Phalsbourg, núm. 8, residencia del Tesorero, Mad. d'Heucqueville.

Han sidos elegidos: Presidente, Mlle. Lesguillier; Secretario, Mlle. M. Pascal.

* * *

En 30 de Noviembre último ha quedado constituída otra Rama en Gómez Palacio, Dgo (Méjico), designada *Ramacharaka* y con domicilio social en 11. a. calle de Roscón, núm. 186.

La Junta directiva se compone de los señores siguientes:

Presidente, D. Anacleto González; Secretario, D. Germán Froto; Tesorero, Maclovio Mendoza; orador, D. Refugio Villarreal; Vocal primero, D. Cornelio Mata, Vocal segundo, D. Julio Gaitán, Vocal tercero, D. Cesáreo González.

Nuestra más entusiasta enhorabuena y fraternal saludo á los dos grupos recién constituídos.

M. TREVIÑO.
Sec. R. de Madrid.

San Sebastiana Esperantista Grupo Teosofista.

Oni invitas chiujn esperantistojn teosofistajn, korespondadi esperante pri aferoj rilatantaj al nia scienco, kaj ni ankau proponas traduki chiujn teosofistajn artikolojn de fremdaj samideanoj, por ilin publikigi en la hispana revuo *Sophia*. Ni proponas nian kunlaboradon en samespecajfremdaj revuoj.

Grupo Esperantista Teosófico de San Sebastián.

Se invita á todos los teósofos esperantistas á corresponder en esperanto sobre asuntos relacionados con nuestra Ciencia, y también nos ofrecemos á traducir al español todos los artículos de extranjeros que se nos remitan en esperanto, para publicarlos en nuestra Sophia. Colaboraremos del mismo modo en revistas extranjeras de igual especie.

Suscripción abierta en SOPHIA

para socorrer á los supervivientes de la catástrofe en el Sur de Italia y Sicilia.

	Pesetas.
D. José Xifré, M. S. T	100
» Manuel Treviño y Villa, M. S. T	25
» E. García Gonzalo, M. S. T	10
Rama de Madrid de la S. T	100
Rama de Barcelona de la S. T	100
D. Mario Roso de Luna, M. S. T	10
» Angel Calvo, M. S. T	50
» Arturo Soria	25
Un matrimonio teosofista	100
D. Tomás Doreste, M. S. T.	25
» Perfecto Chapado (Zamora)	2
D.ª Julia Armisen de Catalá, M. S. T	50
D. Julio Fernad (Bilbao), M. S. T	5
» José M.ª Tejera (Nerva)	6
» Vicente Pastor Bravo (ídem)	5
» Vicente Prado (Coruña)	5
» R. U.	10
» J. Belda	1
TOTAL	629

(Comprende hasta el día 10 de Enero.)

El Administrador.

Artes Gráficas. J. Palacios. Arenal, 27.